

la rosa del mundo, que todos los días son día de días, y que Dios está allí. Dios le es vecino:

Tú, mi vecino Dios, si te importuno
con duros golpes en la noche larga,
es porque apenas oigo tu respiro
y sé qué solo duermes en tu estancia.
Si necesitas algo, allí no hay nadie
que a tu tentar acerque un vaso de agua.
Te escucho siempre. Hazme una breve seña.
Muy cerca estoy de tí.

Así canta en «El libro de la vida monástica», pero nos engañaríamos si tomásemos esta vecindad por una verdadera transcendencia. Es Rilke mismo quien se siente su vecino, separado de sí por los sentidos, por la materia. Pero esta imagen de Dios le necesita y necesita ser llamada por él.

Sigue diciendo:

No nos separa
más que un débil tabique, casualmente,
pues suceder podrá que una llamada
de tu boca o la mía
lo derribe en silencio con sus alas.

De este tabique dice: «Con imágenes tuyas está hecho». Es decir, con las criaturas, donde se espeja Dios, pero que, al tiempo, le velan. El mundo se interpone entre Dios y el poeta, pero el soplo de la muerte—de esa muerte propia que a cada uno le madura dentro como un fruto y que él pedía—puede en cualquier momento derribarlo. De todos modos, Dios late en las formas de la materia y le late a cada uno dentro de su propio espíritu. ¿Dónde está? ¿En la aurora, en la tierra opaca, en la luz, en la voz no escuchada, pero presentida, de las campanas, en la propia angustia de su oscuridad? No lo sabe, no lo sabe; pero está. Algo se lo dice, algo grande, profundo, enternecedor: es el gran amor de caridad que le hincha su pecho, como a la vela remendada del viejo pescador una brisa joven; que le enciende su mente, como del rescoldo encenizado se levanta llama al soplo de los labios frescos de la moza que enciende el hogar.

Allí, en su angustiosa soledad, en su mente conseguida, ganada contra el mundo, Rilke precede a los que veían esa aurora, ahuyentaban los sombríos animales nocturnos y montarían las campanas, como pupilas habladoras en los ojos vacíos del campanario. El poeta vivió tiempos de adviento, pero no miró cuajadas las promesas. ¡Dichosos los que gocen de la Pascua y de la Epifanía!

✕

CARTA A UN ESPAÑOL ANTIAMERICANO

POMPEYO CRUZ es el sosias de un escritor del terruño. En 1909. Pompeyo Cruz, entonces con su propio nombre y patronímico, y, en plena adolescencia, irrumpe en la vida literaria provincial. En aquel renacimiento literario de principios de siglo que se sintetiza en ALMA EXTREMEÑA y BRISAS NUEVAS, aparecen sus primeros trabajos. BIBLIOTECA JUVENILIA es empresa suya en conjunción con otros muchachos de su época, desbordantes de impetu vital. EL NOTICIERO, EL ADARVE, EL BLOQUE, EL TIEMPO, ERA NUEVA, publican sus cuentos, poesías, ensayos. En 1913 quema sus naves y se absorbe en su tarea profesional. En 1922 reaparece en aquel empeño de alto rango de HISPANIA. En 1926 y 1929 sube a la tribuna del «Ateneo Cacerense». Y, nuevamente, se aísla en un silencio de años absorbido por sus tareas profesionales. En plena juventud y por azares de la profesión se fué a tierras próximas, cabecera y meridiano intelectual de la Alta Extremadura. Y, en 1942, por ese retorno a los orígenes que preside la vida humana, aparece en las páginas de EL ESPAÑOL con un ensayo EN TORNADO A BASTERRA y A LOS NAVIOS DE LA ILUSTRACION, a los que siguen POLEMICA DEL ESTILO. VICTORIA OCAMPO PRISIONERA DE FRANCIA y UNAMUNO EPISTOLAR (reproducido este último por el «Diario de la Marina», de la Habana, en su página literaria dominical), y, en «La Gaceta Regional de Salamanca» con AMERICA A LA VISTA, DEFENSA DEL SIGLO XIX y PRESENCIA DE UNAMUNO.

Ahora, entre las nieblas célticas, primero en el marco de las Rías Altas, y, después, en el de las maravillosas Rías Bajas, de cara al Atlántico que le trajo a España en nuestro último 98, POMPEYO CRUZ sigue en alerta vigilante la vida de Extremadura, desmesurada y cesárea, rodeado, por contraste, del paisaje de la tierra enxebre, maizales, carballeiras, hórreos, tojos y de la belleza de las tierras litoráneas atlánticas.

POMPEYO CRUZ no es extremeño por nacimiento. Pero está más que secularmente vinculado a Extremadura por su linaje paterno y por su patronímico tan auténtica e incuestionablemente de nuestra tierra.

Estos comentarios eran indispensables para conocimiento del lector al iniciarse por POMPEYO CRUZ su colaboración en ALCÁNTARA.

No puedo compartir su criterio sobre América y lo americano. Lo encuentro influido por el actual momento histórico y por las constantes políticas a lo largo de estos años últimos en los que, cruentamente, España ha tenido que reconstruirse del bárbaro seísmo que es toda contienda civil.

Nuestro pueblo ha vivido de espaldas a las realidades de América. Y hasta—me atrevería a decir—con un concepto peyorativo de lo americano, contagiado de la superhombria de nuestra gens de letras, para quienes los meridianos de la cultura de México, Buenos Aires y Río de Janeiro, tienen categoría subalterna, o alcanzan, a lo

sumo, calidades de segundones de lo español, francés, inglés o italiano. Hemos enjuiciado a lo «mandarín» que es idéntico a enjuiciar a lo «metropolitano». En una y otra actitud se condensa una pretendida superioridad hegemónica que no es aceptable ni por los hombres ni por los pueblos de aquellas latitudes.

América, parteada por Europa, encuentra en sí misma, en ese profundo fondo telúrico de su continente, mandatos imperativos que transforman radicalmente la influencia europea, y, que, día a día, van definiendo su peculiar personalidad. Existen, por otra parte, zonas impermeables a la uniformidad—a la mal entendida «universalidad»—, integradas en el sedimento autóctono o aborígen que acusa su predominio en la vida americana. España con su solera milenaria, con su almárga de civilizaciones antípodas y plurales, se ha creado un fondo ancestral del que le es difícil desprenderse. Hasta en sus hombres más europeos resurge este subconsciente milenario, y, a la vuelta de esta desespañolización aparental, acecha siempre esta racial y atávica españolidad. En el americano—fuera de la zona norte donde no ha existido el mestizaje, sino simple sustitución del aborígen por ingleses y holandeses—opera también este substractum secreto y ancestral que lo conforma frente a toda influencia. Está el territorio con su orografía, su hidrografía, su flora, su fauna, con su enorme e incontrastable poder telúrico en ese tenaz y continuado proceso de diferenciación en la amplia escala de lo zoológico y de lo espiritual. Siempre este imperativo, este *dictat* telúrico, dejará su impronta sobre los hombres que sustenta y que en su tierra habitan.

Sobre los «conquistadores» no es posible imponer, a sangre y fuego, nuestro criterio. Es lógica esta discrepancia. Parcial nuestro juicio por descendientes de aquellos hombres que constituyen una auténtica legión de héroes de mayor categoría histórica y humana que los de Carlyle. Y parcial el concepto de los americanos al hacerse solidarios de los vejámenes sufridos por los aborígenes, vejámenes inherentes a toda conquista por las armas y a toda colonización impuesta, como es lógico, contra la voluntad de los nativos, por mucho que la suavice la intervención de nuestros misioneros. A nosotros, hoy, nos causa asombro ver la talla gigantesca que, en los historiógrafos cubanos, adquiere Hatuey, un aborígen—taíno o siboney—que luchó heroicamente contra el invasor de su tierra. Pero, olvidamos que nosotros, también, al historiar un período nuclear de nuestra península, hemos amplificado la gesta de Viriato, el pastor lusitano en lucha con Roma. A los italianos de la herá actual, les producirá el mismo e idéntico asombro este heroída de Viriato, que a nosotros nos causa el pretense heroída de Hatuey.

Es preciso reconocer que ni holandeses, ni ingleses, practicaron un coloniaje más imparcial y humano que los españoles. La prueba evidente de ello es que España pobló con su sangre y nutrió de su propia sustancia espiritual y dotó de su idioma, en una siembra fecunda, veinte naciones que ni en sus virtudes, ni en sus vicios, desmienten la ascendencia. No sé de ningún país surgido a la independencia con tan parigual semejanza a su progenitor entre las

colonias holandesas y británicas. Sólo Portugal fué capaz de producir idéntico milagro.

Sistemáticamente nos hemos mantenido en un alejamiento de corazón y de cultura, cultivando los motivos de disensión y de separatismo. Ni durante la época colonial, en aquella apretada convivencia de siglos, en aquel ininterrumpido cruzamiento de linajes españoles e indígenas, supimos comprender que pueblos nacidos de nuestra estirpe, llegados a su madurez, recabasen su libertad de acción y de movimientos, que, por ley histórica inapelable, obtendrían con nuestro asentimiento o contra nuestra voluntad. Quisimos, por una terca y reiterada incompreensión, que la independencia se produjera contra nuestra voluntad. Y, todavía, algunos de aquellos pueblos, con la misma e idéntica falta de comprensión, cultivan su resentimiento y tratan del retorno a lo aborígen, a lo precolombino, haciendo tabla rasa de lo español, que es ya, en ellos, lo medular y auténtico.

Se impone una profunda revisión de la etapa colonial que afortunadamente están llevando a cabo hombres americanos y hasta sajones, clarificando la turbia que, la enemiga europea, y la de nuestros propios vástagos americanos, creó en torno a nuestra epopeya. Pero, la labor más urgente, la más perentoria, es la de despertar en el español medio—en ese hombre indolente, mediatizado por el temor a la actividad mental, inerme frente a todo estímulo—la preocupación americanista, el amor por los hombres de España, que, a partir de 1942 y a través de una larga tradición colonial, fueron creando hogares de cultura, centros de civilización, y rescatando todo un continente extraño a Europa, ampliando la cintura del mundo y elevándose por sus calidades a la categoría de mitos y de símbolos. Pero hay que despertar también la curiosidad por América y en especial por Hispanoamérica. No es suficiente la veneración histórica, el fetichismo del conquistador y de lo español. El hombre de esta América española, que es nuestra península, tiene que colmarse de amor a lo americano, de antes y de ahora. No todo ha de ser la exaltación de lo español. Ha de estimularse el interés por todos y cada uno de los veinte países americanos.

No creo que el hispanoamericano pueda producirse, mental y afectivamente, fuera de la órbita española, ni aún en los momentos en que la pasión política la haga manifestarse contra España. Esta, la de la rebelión contra su propia esencia, es una de las características definitorias del hombre español, su enorme capacidad de insurgir contra España, acaso porque la desea de distinta manera a como la vé y la juzga.

Pero creo que, calladamente, aun en los más tenaces y discrepantes hispanoamericanos, se está operando la vuelta a España. Este retorno a sus orígenes en hombres de ascendencia y raigambre española es, simplemente, un «reencuentro» con su razón de ser, con su integración en su pristina y entrañable naturaleza. Para mí ser argentino, chileno o paraguayo es, simplemente, una peripecia geográfica, como ser castellano o andaluz. Pero ser español, sentirse

español, es algo esencial, sobre accidentes de carácter geográfico y adjetivo. No puedo aceptar que, un cubano o un peruano, con próxima o remota ascendencia española, se considere algo contrario y distinto a un español racial. Es la sustancia española, precisamente, lo medular en su formación intelectual y afectiva. Y España está en el americano, contra su deseo y contra su voluntad, aun cuando trate de evadirse de su órbita por esa característica, tan acendradamente española, de insurgir contra España.

Hoy más que nunca, en esta encrucijada histórica, España debe ultraespañolizarse, cortar amarras con Europa. Quizás, y sin quizás, el origen de nuestra decadencia en el siglo XIX esté en ese deseo exasperado de europeizarse, que es, pura y simplemente, desespañolizarse. Y el desvío de América obedezca a que España, perdida en un tiempo la brújula de su fuerte y señera personalidad, se dedicó como un país más de la cuenca mediterránea a imitar lo centro-europeo, lo isleño británico, o a improvisar regímenes intolerantes en los que se escuchaba el paso isócrono de las legiones pretorianas.

España tiene el deber imperativo de desligarse de Europa, de iniciar una política centroeuropea y antieuropea. ¡Magnífico disolvente el del «europeísmo» con el que se trata de esterilizar toda la tradición mediterránea de los pueblos creadores de civilización y de cultura! Y que no se olvide que el «europeísmo» solo lo airean pueblos que carecen de las tradiciones del francés, del italiano y del español, y que, en la jerarquía de las naciones, carecen de la solera civilizadora de los países mediterráneos.

Europa se encuentra cada día más dividida. Se multiplican los motivos de enemistad y se exacerbaban los nacionalismos. Prácticamente, estamos ante un proceso de disgregación de todas las esencias civilizadoras. No sé, después de esta época, auténtica «kaliyuga», que quedará de lo europeo, fuera del solar. No creo que, nunca en la historia, se hayan conjuntado tantos factores premonitorios de ruinas y devastaciones, ni mayores transmigraciones de pueblos, ni hambres en una más vasta área geográfica. Aun cuando España sea hoy un islote de paz en este continente, me sobrecoje el temor del futuro, la amenaza de tantas fuerzas oscuras y subterráneas puestas hoy en juego en este predominio de la horda que va ganando capas sociales superiores y desbarbolando todas las defensas en una entrega cobarde y sin apelación.

América está todavía en una trayectoria ascendente, en período de formación, y tiene por delante el futuro. Europa tiene más pasado que futuro, y por ley biológica, cada día se irá reduciendo su esfera de influencia y su acción rectora y directiva. No sé hasta cuando el timón del mundo podrá mantenerse en nuestras manos. Pero lo indudable es que el europeo, colectiva e individualmente, siente fatiga, cansancio de siglos. Y que frente a Europa se alzan pueblos agresivos, con una alta demografía, con una fe inquebrantable en un ideal—cualquiera que sea—, mientras Europa se encuentra de vuelta de todas las experiencias y peripecias históricas, y un poco desconcertada ante la rebelión de pueblos y razas, que, hasta este momento

histórico, fueron pueblos de tercera categoría. Es Egipto, la India, Indochina, las comunidades árabes, tratando de imponer normas, de desvincularse de sus metrópolis. Y esta sorpresa está paralizándolo los músculos motores de Europa. Nos está faltando la confianza en nuestras fuerzas, y mientras los advenedizos ganan posiciones—al margen de convenciones y pactos que, para ellos, carecen de eficacia—los europeos discutimos bizantinamente cuestiones de tipo legalista, sin percatarnos de que el «hecho consumado», la fuerza, es la generadora del derecho.

Creo, por todo esto, que debemos revisar muchos conceptos en esta tremenda hora del mundo, y en especial de Europa. Pueblos jóvenes del hemisferio austral están imponiendo su impronta en el destino histórico. Y es el momento en que todos los motivos de disensión entre España y las naciones americanas, creadas por su «fiat» portentoso, deben desaparecer. España debe ser guía y ejemplario de la otra España americana. Y este papel solo puede asumirse volviendo a lo telúricamente español, a sus orígenes ibéricos, sesgando lo europeo, sin olvidar que en esta trayectoria—que la desvió de África—perdió su brújula y su hegemonía.

POMPEYO CRUZ

A CERVANTES

I

¡Sin par ingenio de la raza hispana,
creador del héroe de gentil bravura,
encarnado en la más «TRISTE FIGURA»...
discretísimo juicio en testa insana!
A la luz de tu musa soberana,
de La Mancha en la placida llanura,
eterno IDEAL y PANZA, a la ventura,
viviendo van una epopeya humana.
¿Fue tu excelsa nobleza, buen QUIJANO,
como efluvio divino desde el Cielo,
la que puso un QUIJOTE en cada hispano...
o fue CERVANTES, que forjó el modelo
de noble caballero castellano
con la propia hidalguía de nuestro suelo?

II

Por la Fe y por la Patria has combatido,
perdiendo, gran CERVANTES, una mano...
De la dura mazmorra del Pagano,
la Fe, en pago, a su vez, te ha redimido.
¡No así la Patria, que te echó en olvido...!
¡DON QUIJOTE, furioso, clama en vano
contra ese entuerto del hogar Hispano,
que a penoso vivir te ha reducido!
—Mas hoy MIGUEL, ¿no vate consolando
que ambos mundos te rindan pleitesia,
tu nombre y tu labor glorificando?...
—¡Gentil gloria me dáis... Que por tardía
ya, a mí, no me aprovecha; y voy pensando
que más a vos ensalza, siendo mía!

E. CRESPO